

MADERO

MARTIR.

MARTIN  
MADERO



No siempre cosechan los que siembran, no siempre comen los frutos aquellos que plantan los árboles. Toda obra prematura está condenada tristemente a desaparecer en el tiempo inoportuno en que aparece; pero como el tiempo es eterno, estas obras anticipadas, estas obras proféticas, hijas naturales de la adivinación y del presentimiento, llegan a fructificar allá en los siglos que parecen de ellos más distantes y con ellos menos relacionados. Ninguna idea progresiva se pierde, ningún esfuerzo moral se malogra; ninguna alma grande pasa por las páginas de la historia como pasan los aereolitos por las noches del planeta.

EMILIO CASTELAR.

---

El 16 de Octubre de 1912, el Gral. Felix Díaz se sublevó en el puerto de Veracruz, secundado por su pariente el Tte. Cor. Díaz Ordaz y el Cor. Migoni, con los batallones 17º y 19º que se hallaban bajo sus ordenes guarneciendo, respectivamente, aquel puerto y la Ciudad de Orizaba. Una semana después fracasaba completamente el cuartelazo y Felix Díaz, el Tte. Cor. Ordaz, Migoni y el mayor Zárate eran hechos prisioneros por las fuerzas leales que envió a batirlos el Gobierno Federal, las que tenían como Jefe al Gral. Joaquín Beltrán.

Los sucesos de Veracruz produjeron inmensa sensación en todo el país y conmovieron profundamente las conciencias: era la reacción porfirista manifestada desde hacía tiempo en las columnas de los periódicos, en determinados centros de reunión y entre las clases acomodadas, que pretendía ir más allá, se levantaba vigorosamente y hacía esfuerzos por derrocar el Gobierno legítimo emanado de la voluntad popular, pretendiendo apoderarse nuevamente del poder para continuar el régimen dictatorial del Gral. Porfirio Díaz.

De todas partes de la República se pedía un enérgico y ejemplar castigo para los culpables; se organizaron espontáneas manifestaciones de simpatía hacia el Gobierno y el sentir unánime del pueblo condenó duramente la antipatriótica actitud de Felix Díaz.

Para juzgar a los reos, se formó en Veracruz un Consejo de Guerra Extraordinario que presidió el Gral. Dá-

vila, y en él fueron sentenciados a muerte el Gral. Félix Díaz, el Tte. Cor. Díaz Ordaz, el Coronel Migoni y el Mayor Zarate; pero los reaccionarios pusieron en juego sus influencias y todos los medios posibles para salvarlos del patíbulo, pues la Suprema Corte de Justicia, formada en su mayoría de elementos impuestos por el viejo régimen y por una minoría de Magistrados electos popularmente, amparó a los rebeldes, quedando sin efecto la terrible sentencia que pesaba sobre ellos. Este triunfo alentó a los reaccionarios que siguieron atacando en forma más violenta al Gobierno; se corrompió y se compró al Ejército y a tal grado llegaron las cosas que temiéndose una nueva intentona para libertar de San Juan de Ulua a Félix Díaz, se ordenó su translación a la Capital de la República y fué internado en la Penitenciaría del Distrito Federal. Este cambio inesperado pareció conjurar de momento todo peligro; pero la audacia y la insolencia de los conspiradores iba en aumento y redoblaron sus trabajos con el fin de prostituir una de las más bellas y nobles instituciones, que parecía ser lo más firme y sólido que dejara el dictador: el Ejército.

Empezaron a circular rumores de levantamientos que deberían efectuarse en la misma Capital; en las oficinas de la Presidencia se recibieron denuncias que fueron transmitidas a la Inspección de Policía; pero no obstante la actividad de los encargados de las averiguaciones y de la misma "febril actividad" del Inspector General, Mayor Emiliano Lopez Figueroa, no se pudieron tener datos concretos ni pruebas de culpabilidad para ninguno de los inodados en el complot, a pesar de que en plena vía pública corrían de boca en boca los nombres de los principales conspiradores y se señalaba la fecha en que debería estallar el movimiento.

La noche del sábado 8 de febrero, recibió en Chapultepec el señor Presidente la grave noticia de que esa misma noche estallaría la sublevación en la Capital, y desde luego se dictaron ordenes a la Comandancia Militar y a la Inspección General de Policía para que tuvie-

sen preparados los elementos de combate disponibles, para, en caso dado, sofocar con rapidez cualquier movimiento.

Don Gustavo A. Madero recorrió en automóvil toda la ciudad acompañado del señor José Quevedo; estuvo en algunos cuarteles; en los sitios públicos más concurridos y no descansó un solo momento tratando de estar en posesión de datos que permitiesen al Gobierno darse exacta cuenta de la situación.

Los informes que recibiera aquella noche el señor Presidente eran, por desgracia, verídicos pues como a la una de la mañana y obedeciendo tal vez a un plan preconcebido, salieron del Cuartel de Tacubaya las fuerzas del 1ro. de Caballería y el 1er. Regimiento de Artillería y de Tlalpam los alumnos de la Escuela Militar de Aspirantes, dividiéndose en dos columnas, una de las cuales se dirigió a la Prisión Militar de Santiago para libertar al Gral. Bernardo Reyes, cosa que lograron fácilmente. Vestía el Gral. jacquette, pantalón de montar, calzaba bota militar francesa y se cubría con una capa militar del mismo origen. Los reclusos intentaron fugarse de la prisión, consiguiendo algunos su objeto y muriendo muchos a manos de la guardia. El edificio fué incendiado y ocho días después humeaban todavía los escombros.

En seguida los sublevados se dirigieron, con el General Reyes a la cabeza, a la Penitenciaría, para libertar a Félix Díaz, lo que lograron con mayor facilidad por estar de acuerdo con los desleales el Director del establecimiento penal, don Octaviano Liceaga.

Mientras esto sucedía, la otra sección de Aspirantes, apoyada por una parte del 1ro. de Caballería se apoderó sin resistencia del Palacio Nacional, pues los Jefes de guardia de esa noche estaban ya de acuerdo.

Como a las cuatro de la mañana don Gustavo A. Madero llegó a la Plaza de la Constitución; pero, ignorando si serían o no leales las fuerzas que guarnecían el Palacio Nacional, hizo detener su automóvil en la puerta

central y bajó con sus acompañantes para cerciorarse personalmente de la realidad. Los Aspirantes y soldados, al reconocerlo, lo aprehendieron e internaron en una de las cocheras, advirtiéndole que se dispusiera a morir, pues pocos momentos después sería fusilado.

Algunos minutos más tarde y avisados de lo que ocurría, llegaron al mismo tiempo al Palacio Nacional los Generales Angel García Peña, Ministro de la Guerra y don Lauro Villar, Comandante Militar de la ciudad de México, quienes, con todo valor, se impusieron a los soldados y Aspirantes, y en vibrantes arengas condenaron su actitud antipatriótica. Un Aspirante disparó sobre el señor Ministro de la Guerra, hiriéndolo muy levemente en el hombro izquierdo; el Ministro recibió, además, una herida en el carrillo derecho al saltar los cristales de una ventana por los disparos de otro de los Aspirantes. Ambos jefes se impusieron, podemos asegurar que por efectos de la disciplina, a los sublevados, a quienes llenó de estupor el valor de aquellos dos respetables militares encanecidos al servicio de la Patria, y ese momento de vacilación fué aprovechado para cambiar rápidamente por fuerzas leales la guarnición de Palacio, reducir a prisión a los soldados y Aspirantes y libertar a don Gustavo A. Madero.

Ya el Palacio en poder de las fuerzas leales bajo las órdenes directas del Gral. Lauro Villar, el Ministro de la Guerra se dirigió al Castillo de Chapultepec, poniendo al señor Presidente en antecedentes de todo lo ocurrido. Con el Primer Magistrado se encontraban algunos miembros de su Estado Mayor y personas de su amistad, así como un piquete de guardias presidenciales, gendarmería de la montada y los alumnos del Colegio Militar. Consideró que su puesto como Presidente de la República estaba en el Palacio Nacional, y a las seis de la mañana abandonaba Chapultepec, rodeado de los suyos, después de besar y despedirse por la última vez, — cosas del destino—de su abnegada esposa, quien le

acompañó con la vista hasta perderlo completamente entre los árboles del Paseo de la Reforma.

Entretanto, los sublevados abandonaron la Penitenciaría regresando al centro de la Ciudad por las calles de Lecumberri y de la Moneda, hasta llegar al Palacio Nacional, ocupando, además, las calles de San Francisco, Cinco de Mayo y Diez y seis de Septiembre, así como el Portal de Mercaderes.

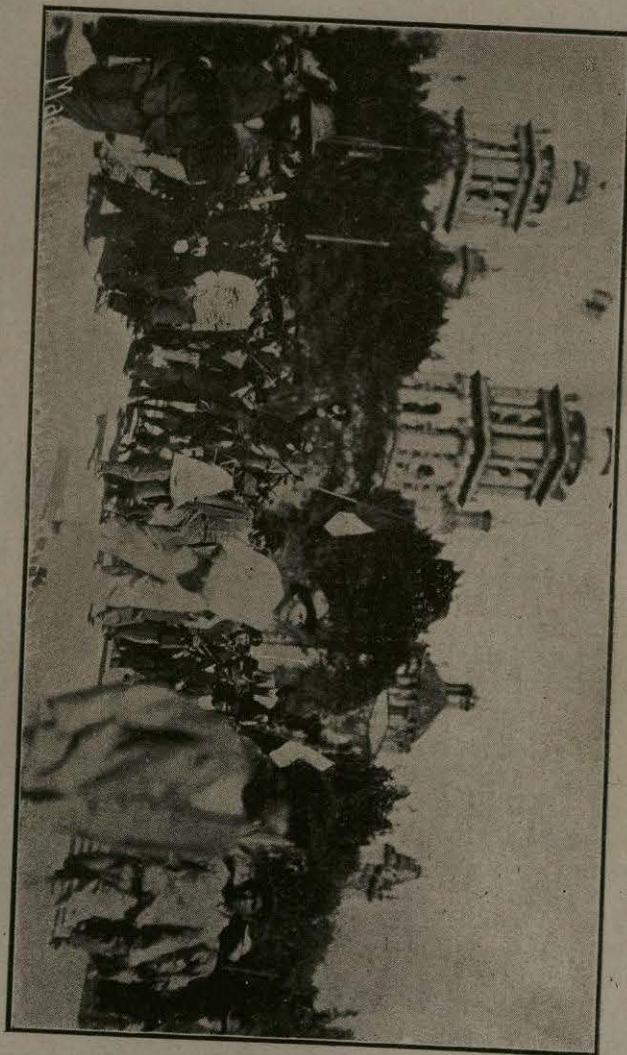
Las alturas del Palacio estaban coronadas de soldados leales; de uno a otro extremo del mismo y dando frente a la Plaza de la Constitución, estaban tendidos pecho en tierra soldados del 11º Batallón y se habían emplazado dos pequeños morteros y seis ametralladoras en las puertas de Palacio. Por las calles del Reloj desembocó el primer piquete de sublevados trayendo a la cabeza al Gral. Gregorio Ruiz, que adelantándose a sus soldados se acercó paso a paso de su cabalgadura hasta la puerta central del Palacio Nacional, creyendo fundamentalmente que estaba en poder de los suyos. El Gral. Lauro Villar, con voz fuerte, le preguntó en qué actitud se acercaba con aquellos soldados y por toda contestación recibió un socarrón "ríndete, Lauro, ríndete." Con voz más fuerte, el Gral. Villar le intimó para que bajase del caballo y no obteniendo resultado alguno, rápidamente se le acercaron él y don Adolfo Bassó, Intendente de Palacio, apuntándole con sus pistolas al pecho. Ante su actitud resuelta, el Gral. Ruiz se rindió, siendo inmediatamente desarmado y hecho prisionero.

Pocos momentos después y ya en la seguridad de que el Palacio estaba en poder de los sublevados, desembocó al frente de algunos Aspirantes y soldados el Gral. Bernardo Reyes, dirigiéndose como su antecesor hacia la puerta central. A unos cuantos pasos, le intimó rendición el Gral. Villar; pero como el grupo siguiere avanzando, dió órdenes de "fuego," empeñándose una lucha encarnizada que duró de cinco a diez minutos. Don Adolfo Bassó personalmente apuntó y disparó una ametralladora colocada en la puerta central del Palacio, que

arribilló a balazos al Gral. Reyes, quien cayó muerto inmediatamente.

Cuando cesó el tiroteo, la Plaza de la Constitución presentaba un aspecto desolador: más de cuatrocientos cadáveres y mil heridos habían quedado regados sobre el pavimento, y la mayor parte eran no combatientes, pues la paralización del tráfico de los tranvías eléctricos y la ansiedad de todos por tener noticias acerca de la sublevación, habían congregado varios miles de personas en la Plaza de la Constitución, frente al Palacio Nacional. Félix Díaz, probablemente avisado con oportunidad, y temeroso de correr igual fracaso que sus camaradas, después de arengar a los soldados, Aspirantes y particulares que lo acompañaban, siguió por la Avenida Juárez rumbo a la Ciudadela, de la cual se apoderaron sin resistencia porque la mayoría de los oficiales de la guarnición formaban parte del complot, y el Gral. Villarreal, Jefe de la Ciudadela y hombre de honor, fué aprehendido y fusilado inmediatamente.

El señor Presidente de la República, que al principiar el tiroteo llegaba al final de la Avenida Juárez y principio de la de San Francisco, frente al Teatro Nacional, esperó el resultado del combate que se efectuaba para seguir su camino. Algunos disparos dirigidos contra su persona y que causaron la muerte a un policía que se encontraba a dos pasos de él, le indicaron que por los edificios de "La Mutua" y algunos adyacentes se encontraban elementos felixistas y a instancias de sus acompañantes penetró al edificio que ocupa la Fotografía Daguerre. Allí se le reunieron el Gral. Victoriano Huerta; el Ministro de Gobernación, Lic. Rafael L. Hernández; el Ministro de Fomento, Ing. don Manuel Bonilla; el de Hacienda, don Ernesto Madero; el Gral. de la Vega, Inspector Gral. de los Cuerpos Rurales y algunas otras personas. Gran cantidad de pueblo se agrupó frente a la fotografía y algunos ciudadanos, espontáneamente, dirigieron la palabra al pueblo en los momentos en que el señor Madero aparecía en los balcones de



la casa y era ovacionado estruendosamente por la multitud.

Pocos momentos despues, llegaron los Capitanes Garmendia y Montes, ayudantes del señor Presidente, con datos exactos sobre los acontecimientos de Palacio; y el señor Presidente Madero, montando nuevamente su caballo, siguió, rodeado por algunos cadetes y soldados, rumbo al Palacio Nacional, siendo estrepitosamente ovacionado por el pueblo en todo el trayecto, por su valor y entereza de ánimo demostrados en aquellos momentos tan difíciles.

Al Gral. Lauro Villar que en los breves instantes de lucha en el Palacio Nacional, cayó, de los primeros, herido en el hombro izquierdo, tuvo que relevársele del puesto de Comandante Militar de la Plaza, y el Gral. García Peña nombró, en sustitución de aquel, al Gral. Victoriano Huerta, sin consultar su nombramiento con el señor Presidente de la República. Desde ese momento, puede decirse, el destino del Gobierno y la vida misma del señor Presidente, estaban en manos de Victoriano Huerta; los planes preconcebidos de mutuo acuerdo con Félix Díaz, se desarrollarían en su oportunidad y tendrían como fin el derrocamiento de un Gobierno legítimamente constituido y apoyado por la inmensa mayoría del pueblo mexicano, y todo para satisfacción de sus ambiciones personales.

Ya en el Palacio Nacional recibió el señor Madero la noticia de que Félix Díaz se había posesionado de la Ciudadela, y después de conferenciar con los Ministros y los Generales que lo acompañaban, se dispuso que un escuadrón de gendarmes montados y un piquete de soldados fueran desde luego a batir a Félix Díaz, o a estrechar, cuando menos, un círculo para poder, más tarde, con mayores elementos de combate, ir a una victoria segura.

Algunos Jefes de la Policía que estaban de acuerdo con los sublevados, se cambiaron con todas sus fuerzas,

y cosa semejante sucedió con los soldados que se mandaron a batir a Félix Díaz.

La Comisión Permanente de la Cámara de Diputados, en vista de los acontecimientos que tenían lugar, se reunió inmediatamente la misma mañana del domingo, dispuesta a conceder, como lo hizo, al señor Presidente de la República, amplias facultades en los ramos de Hacienda y Guerra.

Se ordenó el fusilamiento del General Gregorio Ruiz, y el que más empeño tomó en que fuera pasado por las armas, aun sin permitirle algunos momentos para hacer su testamento, fué el General Victoriano Huerta, quien mandó al Capitán Federico Montes que con un pelotón del 11o. Regimiento fuese a cumplir inmediatamente la orden de fusilamiento. Esta fué ejecutada como a las once de la mañana en los jardines del Palacio Nacional. Parece que el General Ruiz sabía perfectamente el acuerdo existente entre Félix Díaz y Huerta, y temeroso éste de que fuese a delatarlo y echase abajo sus planes, fué el que más empeño tomó, repetimos, en que desde luego se le pasara por las armas.

Como a las doce del día llegó a Palacio un extranjero con el carácter de parlamentario de Félix Díaz, y fué llevado inmediatamente a presencia del señor Presidente de la República, a quien manifestó que Félix Díaz, deseoso de que no se alterara el orden en la ciudad, deseaba conferenciar con alguna persona cercana al Primer Magistrado para arreglar el modo más conveniente de conservar el orden, y con este motivo el Inspector General de Policía, Mayor Emiliano López Figueroa, se ofreció a ir a entrevistar a Félix Díaz. Al llegar a la Ciudadela fué aprehendido inmediatamente, no poniéndosele en libertad sino después de la aprehensión de los señores Presidente y Vicepresidente de la República.

Hay que hacer notar que los felixistas, al tomar la Ciudadela, atacaron con artillería desde el relox de Bu-

careli y con fuerzas de infantería el Cuartel de Guardias Presidenciales, que pudo sostenerse con todo valor durante una hora, siendo al fin vencido; y aprehendidos cerca de cuarenta guardias que fueron llevados a la Ciudadela, donde se les proporcionaron armas y municiones y se les puso un centinela a cada uno para asesinarlos inmediatamente si no disparaban contra los soldados leales que fueran a atacar a los sublevados.

Siendo tan reducido el número de fuerzas leales con que contaba el Gobierno, y no obstante que desde luego se telegrafió a varios destacamentos cercanos para que inmediatamente se reconcentraran en la Capital, el Presidente Madero consideró más eficaz ir él personalmente al Estado de México o al de Morelos, para reunir violentamente las fuerzas del Gral. Blanquet o del Gral. Angeles y marchar desde luego sobre la Metrópoli. Esta decisión fué tomada en breves momentos de plática con los señores Ministros, y la llevó a cabo sin participarlo a personas extrañas de su Gabinete. Acompañado de sus ayudantes Capitanes Gustavo Garmendia y Federico Montes, y de los señores Alejandro Martínez Ugarte, Alfredo Alvarez y Elías de los Ríos, hizo el viaje en un automóvil descubierto calándose unas gafas de automovilista y cubriéndose la barba con una bufanda para evitar ser reconocido durante el trayecto. Varias veces fué detenido el automóvil por destacamentos de la policía, lográndose con habilidad que le franquearan el paso; y muy especialmente en Topilejo los Jefes del fuerte destacamento de federales y rurales impidieron terminantemente el paso, no obstante que los Capitanes Montes y Garmendia se dieron a reconocer con el Jefe de la guarnición y le indicaron que llevaban una comisión urgente del Gobierno cerca del Gral. Felipe Angeles. Hasta después de obtenida una dificultosa comunicación telefónica con Tlalnepantla y que el Jefe del destacamento pudo cerciorarse plenamente de la personalidad de los referidos capitanes, se les permitió el paso. Desde ese momento, se entraba en la vasta región invadida por los

zapatistas y nada difícil sería sufrir un ataque en cualquier momento; pero resueltos a vender caras sus vidas, el señor Presidente ordenó a los Chauffeurs que no se detuvieran sin su orden, aún en el caso de que fueran atacados.

Antes de llegar a la estación de Tres Marías, alcanzaron a un tren militar de reparaciones con un resguardo de setenta y cinco hombres, y el señor Presidente accedió a las indicaciones de sus acompañantes para tomar el tren y llegar con más seguridad a Cuernavaca. Se le hicieron señas al convoy que se detuvo inmediatamente, y no obstante que los ayudantes del señor Presidente se dieron a reconocer como tales, sin descubrir que el señor Presidente iba con ellos, al descender del automóvil fué reconocido inmediatamente por los oficiales y soldados que le hicieron los honores de ordenanza. Ya sin contratiempo alguno, llegó hasta la ciudad de Cuernavaca, donde lo esperaba el Gral. Felipe Angeles, siendo vitoriado por los escasos concurrentes a la estación del ferrocarril, pues nadie tenía conocimiento de su llegada.

Esa misma noche se ordenó la movilización de los destacamentos más cercanos de fuerzas que podían considerarse leales al Gobierno, y se telegrafió a algunos jefes de zona como el Gral. Rábago en Chihuahua, el Gral. Trucy Aubert en Coahuila, el Gral. Rivera en Oaxaca, y a algunos Gobernadores de los Estados, como D. Venustiano Carranza en Coahuila, Lizardi en Guanajuato, Antonio Pérez Rivera en Veracruz, etc., con objeto de reconcentrar en algunos puntos cercanos a la Capital, las fuerzas disponibles para emprender un fuerte ataque y dominar completamente la situación.

Esa noche, el señor Madero, el señor don Patricio Leyva, Gobernador del Estado de Morelos, y el General Felipe Angeles, dirigieron la palabra al pueblo de Cuernavaca, desde los balcones del hotel donde se hospedó el señor Presidente.

A la madrugada siguiente, y ya reconcentrado un número de fuerzas que ascendían a mil doscientos hom-

bres, emprendieron la marcha sobre la Capital, llenos de entusiasmo. La tropa y la oficialidad se encontraban en el mejor estado de ánimo para el combate. De Topilejo en adelante se fueron obteniendo dificultosas comunicaciones telefónicas con la Capital, solicitando noticias y el señor Ministro de la Guerra, acompañado de otras dos personas, salió a encontrar al señor Presidente poco antes de llegar a Tlalnepantla, procurando disuadirlo de que entrase a la Capital inmediatamente, por causas que el señor Madero no consideró de peso, y siguió su marcha adelantándose a las fuerzas y llegando en automóvil hasta el Palacio Nacional, cerca de las nueve de la noche. Las cosas seguían en el mismo estado que antes de su marcha a Cuernavaca: Félix Díaz y los suyos posesionados de la Ciudadela, y las fuerzas federales guardando sus posiciones, no habiéndose dado ningún paso para emprender, no ya digamos un ataque serio, pero ni siquiera simulado.

El General Angeles con sus fuerzas tomó posesión, desde luego, del Café Colón y de las calles Anchas, y el resto de las tropas, comandadas por los Generales Delgado, Francisco Romero, Cauz y Maass, tomaron las posiciones que creyeron más convenientes para dominar a los rebeldes de la Ciudadela, que habían extendido sus avanzadas a algunas calles adyacentes, tomando posesión de edificios tan importantes, como la Asociación Cristiana de Jóvenes.

El martes 11 de Febrero, como a las diez de la mañana, se abrió el fuego sobre los rebeldes de la Ciudadela, que contestaron con energía, atacando principalmente la Cárcel de Belén, donde se encontraba parte del batallón de Seguridad y Policía Montada.

El Coronel Rubio Navarrete se encontraba en Querétaro; pero tan pronto como tuvo noticia de los acontecimientos, regresó violentamente a la Capital, siendo su primera visita de la estación a la Presidencia, para protestar al señor Madero su lealtad. Se le puso al tanto de la situación y se le dió el mando de la artillería. Y un

caso significativo: los elementos de guerra estaban en la Ciudadela en poder de Félix Díaz; el Gobierno contaba con cañones y ametralladoras, los primeros con una dotación bien reducida de parque; pero Rubio Navarrete manifestó al señor Presidente que tuviera la seguridad de que indefectiblemente caería la Ciudadela al día siguiente, porque "bastaba una hora de cañoneo constante para destruzarlos." Esa noche conferenció con el Gral. Huerta y al día siguiente, al informar al señor Madero sobre las posiciones que ocupaba su artillería, le expresó la pena de tener que rectificar sus palabras del día anterior, "porque siendo tan espesos los muros de la Ciudadela, (metro y medio) bien poco se haría con los elementos de que disponía."

El Palacio Nacional estaba resguardado por soldados del 11 Batallón, del 2do. de Caballería y algunos cuerpos rurales; se habían emplazado ametralladoras y cañones, y fuerzas rurales de reciente creación, "maderistas" de la revolución de 1910, patrullaban constantemente las calles cercanas. El Palacio se había convertido en un cuartel general al que sólo se tenía acceso con un pase del Comandante Militar, don Victoriano Huerta. El traqueteo incesante, el movimiento inusitado, todo denotaba la actividad febril natural de esos casos; a cada momento llegaban oficiales para recibir órdenes; para informar sobre la situación; Senadores, Diputados, Magistrados, amigos del Presidente, periodistas en busca de noticias para publicar boletines; todos deseosos de ayudar en alguna forma al Gobierno y más ansiosos todavía del triunfo que era indudable porque el héroe de Rellano había jurado por su honor y por su nombre salvar a la República; a cada momento solicitaba respetuosamente hablar al señor Presidente para informarle de la situación; trataba con desmedida hipocresía a todo el mundo, y llevó su farsa con terrible aplomo hasta el último momento, logrando que nadie se diera cuenta de sus planes.

Constantemente se enviaban noticias a toda la Re-

pública, y la mayor parte de los Jefes de Zona y los Gobernadores de los Estados, habían teleografiado su adhesión al señor Presidente, que recibió ofrecimientos de todas partes para reunir fuerzas violentamente y marchar sobre la Capital para sostener al Gobierno legítimo.

Desde el martes a las 10. 30 a. m. que principió el fuego sobre la Ciudadela, y los días de asedio que siguieron, fué una completa farsa. La desorganización en las líneas de fuego era absoluta: los soldados no tenían conocimiento de cuáles eran los oficiales que los mandaban; los oficiales no sabían las órdenes directas de qué jefe obedecer, y durante los dos primeros días los soldados sufrieron privaciones, porque apenas si se les llevó una cortísima ración en todo el día. Los subsecuentes, D. Gustavo A. Madero estuvo pagando de su bolsillo diez mil sanwicks diarios y la esposa del señor Presidente regaló otras cantidades iguales. Los únicos que se batían de verdad, los que eran y seguirían siendo leales, eran las fuerzas del Gral. Felipe Angeles, los rurales, y los Generales José Delgado, Francisco Romero y Joaquín Beltrán; éste último posesionado de Chapultepec y Tacubaya.

Por disposición del Gral. Huerta, el 52 cuerpo de rurales, bajo las órdenes del Comandante José Peña, recibió órdenes de avanzar a pecho descubierto sobre las posiciones enemigas y atacarlos con vigor. Huerta lo sabía bien: la gruesa artillería, las ametralladoras que coronaban los edificios y las emplazadas en las boca-calles acabarían con los "rurales maderistas," y, en efecto, diez minutos bastaron para dejar un hacinamiento horrible de soldados y caballos, pues apenas si sesenta u ochenta hombres pudieron escapar a aquella carnicería.

Desde el martes, los combates continuaron con intervalos más o menos cortos; los de la Ciudadela bombardeaban toda la ciudad, los barrios pacíficos, distantes, causando destrozos incontables de vidas e intereses, y el 80 por ciento de las víctimas sacrificadas durante la

decena trágica fueron no combatientes, hombres, mujeres y niños.

El jueves se luchó con ardor en las calles Anchas, la 6a. Inspección de Policía y la Cárcel de Belén. Los destrozos fueron terribles; dentro de la misma cárcel murieron muchos presos; otros, al pretender fugarse, quedaron muertos por las balas cruzadas entre los leales y los felixistas, algunos se unieron a éstos y muy pocos lograron escapar.

Ese mismo día llegó el General Aureliano Blanquet procedente de Toluca. Acampó en la Tlaxpana con el 29 batallón a sus órdenes, un piquete del 1.º de rurales y una sección de ametralladoras. La prensa enemiga del gobierno dió la noticia de que se había sublevado en Toluca; pero él protestó enérgicamente de aquella acusación y telegrafió su lealtad al Gobierno, solicitando del mismo señor Presidente venir a batir a Félix Díaz. Al día siguiente el Coronel Jiménez Riveroll llevó a las 3.30 de la mañana la noticia al señor Presidente de que dos oficiales del 29 Batallón con algunos soldados, se habían sublevado, dirigiéndose rumbo a la Ciudadela; dos horas después, el General Blanquet en persona estuvo en Palacio, informando de que los soldados mismos habían matado a los oficiales después de que éstos les dirigieron la palabra para despertar su entusiasmo, y que se habían regresado a la Tlaxpana. El Presidente abrazó a Blanquet y lo felicitó, y Jiménez Riveroll pidió permiso al señor Presidente para abrazarlo y felicitarlo por su valor y energía en momentos tan difíciles para la Patria.

El Gobierno seguía reconcentrando elementos militares; ya ascendía a 10,000 el número de soldados, y todos extrañábanse de que no siendo arriba de dos mil los que habían en la Ciudadela, no se hubiera obtenido el triunfo, y fuese, al parecer, muy dudoso o lejano todavía, porque los leales bien poco habían adelantado. Lo más selecto del Ejército se encontraba en la Capital: Huerta, Angeles, Blanquet, Rubio Navarrete, etc., etc.

¿Qué acontecía? ¿Por qué tal lentitud en las operaciones? Se iba formando cierta atmósfera malsana y se veía un desenlace indefinido de la situación.

A la Ciudadela se llevaron provisiones en automóviles de la Cruz Roja o valiéndose de otros medios, sin que al parecer, las fuerzas leales lo impidieran; Francisco L. de la Barra y varios Senadores y Diputados porfiristas hacían propaganda sediciosa, y se habían repartido con alguna profusión hojas sueltas subversivas, y todo con absoluto conocimiento del Comandante Militar de la plaza, Victoriano Huerta, que había nombrado como Inspector General de Policía, en substitución de López Figueroa, al Mayor Camarena, hombre sin ningunas aptitudes y de indolencia bien manifiesta, al grado que el señor Presidente ordenó personalmente su destitución, nombrando en su lugar al Capitán Gustavo Garraendia, Ayudante del señor Presidente, y en esos momentos diputado suplente en funciones de propietario, en el Congreso Nacional.

Pero la situación vino a tomar un cariz grave, porque los Estados Unidos ordenaron la movilización de barcos de guerra a costas mexicanas, con órdenes de que desembarcaran fuerzas y marcharan a la Capital para proteger las vidas e intereses de sus nacionales. Se cambiaron notas entre uno y otro Gobierno con tal motivo, y el Presidente telegrafió en enérgicos y patrióticos términos al Presidente Taft, teniendo además conferencias con el Embajador Wilson, y conjurando por fin todo peligro de intervención.

De la Barra con los suyos, al amparo de las banderas inglesa, americana o española, visitando continuamente al Embajador Wilson, seguía su propaganda sediciosa, y llegó su cinismo al grado de escribir al señor Presidente Madero una carta en que se ponía incondicionalmente a las órdenes del Gobierno, dispuesto a conferenciar con los rebeldes para lograr su rendición; el Presidente le contestó agradeciéndole su ofrecimiento, pero manifestándole que por ningún motivo deseaba tra-